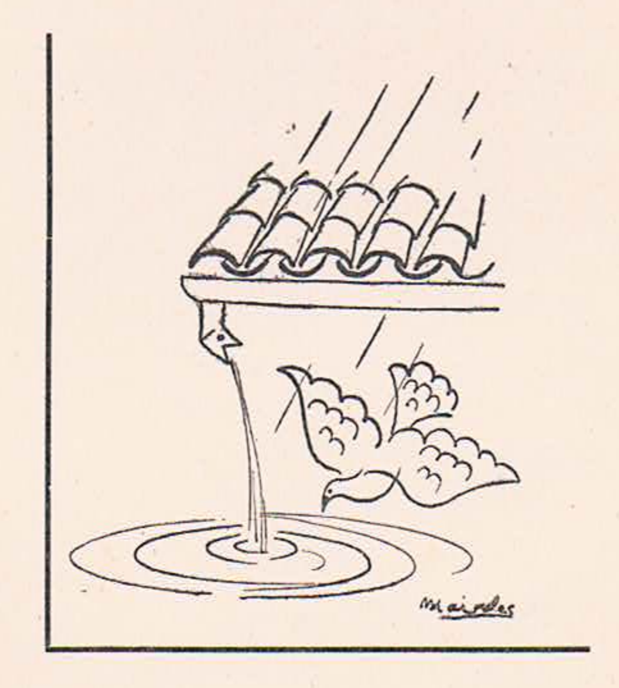
ALJIBE



ALJIBE

REVISTA DE SEVILLA

ADMINISTRACIÓN Y CORRESPONDENCIA

ALFONSO XII, 30

COMPONEN "ALJIBE":

JOAQUIN ALBALATE LAFITA
JUAN COLLANTES DE TERÁN
AQUILINO DUQUE GIMENO
GUILLERMO SERVANDO

AUTORIZADA CON CARNET DE PRENSA N.º 887

ENERO, 1954 NÚMERO V

¿Qué es

La Libélula?



¿Una flor?

¿Un ave?

¿Un ramillete de plumas?

Pronto

La Libélula

JOSE ANTONIO MUÑOZ ROJAS

CANTOS A ROSA

Con un pié en el estribo, siempre Rosa.
No sé esta tarde. Sí, quizá mañana.
Todo depende, acaso, no sabemos
Todo depende de los vientos. Nunca
se está seguro. Siempre puede cuando
menos se espera presentarse. Dice:
No tienes, Rosa, el equipaje listo?
Esto se va ya mismo. Nada espera.
Siempre se queda atrás la mayor parte.
Y yo tengo una pena. Me la callo.
Corazón que me aguarde será el mío.

* * *

Oh no te muevas, Rosa! Queda siempre,
siempre tranquila en tallo y en belleza,
tranquila en transcurrir mas sin moverse,
tranquila en apariencia mas creciendo
en tu ser mismo de belleza y gracia,
de nave eternamente y sin arribo,
de dulzura en aumento y sin llegada,
de esperanza subiente y sin cansancio,
de ternura voraz y con sosiego,
de rosa eterna en corazón crecida.

JOSE MARIA RODRIGUEZ MENDEZ

"DOS POEMAS DESDE PARIS"

LA HOGUERA

A Josep Palau Fabra.

¡Venid a calentaros en la hoguera!
Esta hoguera es París. La misma hoguera
de los viejos truhanes y mendigos.

(Nada cambió. Todo está en equilibrio)

Aún en Notre Dame silban obreros
y Villon asesina cada noche.

Todavía caminan los hambrientos
hacia la luz inmensa y mentirosa
de tu gran muladar.

Aún, frioleros, cansados de llanura,
de escuchar los dobleces de los vientos
hartos de oír a Dios en las entrañas,
nos acercamos a tu llama. Ardemos
como yesca o papel de colorines.

Todavía, a la luz de las campanas,
Santos Bartolomés e Inquisiciones,
Autos de Fe, violentos carnavales,
donde el resto del Hambre se consume.

ESPAÑA

¡Desde esta oscuridad te quiero tanto!
Patria mía, tranquila en la distancia.
Durmiendo, enloquecida y luminosa.

Te miro dulcemente. Te palpo la garganta,
te escucho respirar y me acompañas,
en esta soledad que sabe a hueco.

Desde esta oscuridad, yo, tus colores
extiendo ante mi vista y me enloquecen,
colores de la sangre surtidora.

Los rostros que tú enciendes son imnensos,
multiplican sus formas como el Mar,
nacen y mueren. Vuelven a empezar.

Te quiero con mi carne que se esfuma,
con la raíz moral que se disuelve
como una espada al choque de tu fuego.

Te quiero hasta sentir en mi garganta,
el reclamo del rezo y hasta, acaso,
sentir entre mis muslos servidumbres.

Te quiero así, mañana de mi día.
Mañanita de anís y pan caliente.

París, febrero, 1952

JOAQUIN ALBALATE

VALS TRISTE

(Sybelius)

Sé que estarás inmóvil y olvidados los ojos en la soledad del techo
con el frío geométrico de las alcobas blancas
y toda la indiferencia que produce
esa humedad ardiente, que hace de las sienes relojes obsesivos.

Me imagino la gran concavidad
de todas esas horas que no pasan,
que se quedan impávidas en los quicios sombríos,
en los frascos que tienen una etiqueta abstracta
de producto en serie,
en todos los cristales empañados,
en el alma enferma de los vasos de agua.

¡Ay qué melancolía trenzada en tus cabellos,
qué triste primavera en tus ojos perdidos!
La fiebre que florece muy cerca a tus mejillas
trae una cadencia malva, un lejano perfume a rosas muertas,
y a los piés de la cama,
soñarán las lejanas muñecas de imposibles caricias
entre un cansancio antiguo de blancas muselinas.

A veces pienso la distancia del tiempo...

¡Si esos pedazos míos que se llaman poemas!
sirvieran a lo menos, para llenar un poco ese silencio
que te anega los labios desteñidos!

Pero estarán agonizando de hastío junto a unas acuarela
y podridas revistas de tanto aburrimiento,
anhelando tus manos desde su anemia lírica
mientras yo me extravío por las calles como un hombre cualquiera,
como un viejo mendigo de ilusiones,
sin que nadie conozca todas estas palabras
que van anocheciendo aquí, conmigo, como yo,
como esta ciudad que se desangra por tanta luz de neón,
por tanto cielo muerto detrás de las ventanas.

Ahora, cuando todos los niños se van de los paseos
y yo voy o vengo—no sé—
como un viento sin norte ni poniente.

JUAN COLLANTES DE TERAN

HISTORIA DE ADELINA

Estoy en la ciudad que menos me hubiera gustado vivir. A veces el azar juega inevitables pasadas y obligatoriamente hay que adaptarse a circunstancias más o menos gustosas. Desgraciadamente así se portó conmigo.

Y sin embargo nadie puede creérmelo. Esta ciudad de grandes avenidas y de anuncios luminosos, junta en las fachadas altas, de tono gris, el mayor encanto que en circunstancias análogas puede tener el pensamiento y que juega tan importante papel en la vida íntima del más apacible ciudadano. Esto parece mentira.

Una de estas mañanas revolviendo el cajón de mi mesa abarrotado de libros y periódicos, ha surgido de pronto, interesante y pequeño a la vez como un geniecillo del bosque, la agenda. He consultado los días que me quedan por estar en la ciudad. Afortunadamente poquísimos; podría saber las horas que me restan sin grandes cálculos cerebrales. Esto también parece mentira.

Varias hojas atrás, un nombre escrito con mi original letra caligráfica que tanto me regañaron en el colegio. Como no puedo leer y mirarme al mismo tiempo, no he logrado observar el leve giro de los ojos en cada letra del nombre. Voy a decir cual es: ADELINA.

A Adelina la conocí una tarde en el paseo donde van el setenta y cinco por ciento de los niños de la ciudad. Son unos jardines amplios, más para niñeras que para infantes. Pero allí hay sombra, grandes extensiones verdes y árboles muy frondosos a cuyas raíces nace, se cultiva y madura el amor de otro setenta y cinco por ciento de los novios de las ciudad. Es curioso cómo en los jardines, el amor y los niños juegan de la mano. Adelina estaba sentada en uno de los bancos del paseo con su madre y un niño cuya edad oscilaba entre los cuatro y seis años y cuyo parentesco con Adelina no he podido nunca averiguar.

El cómo nació mi amistad con Adelina creo que apenas si tiene interés. Sólo sé que a los tres días yo sustituí a aquella respetable señora en el banco del paseo. Ibamos de cinco y media a siete de la tarde y como ya entraba el otoño, a la hora de marcharme siempre había un crepúsculo medio malva, medio naranja cada vez más obscuro que invitaba a permanecer más tiempo. Esto era imposible. La madre de Adelina poseía como su mejor joya un exactísimo reloj que le habían regalado unos parientes suyos cuando su padre—el abuelo de Adelina—consultado el criterio de su esposa habían decidido presentarla en sociedad.

Recuerdo que todos los días y a la misma hora, Adelina me preguntaba, aprovechando que el niño de la edad oscilante jugaba retrasado con otros compañeros:

—¿ Es verdad que el sol sale siempre por el mismo sitio?—

Entonces ella miraba fijamente el poco el resplandor del astro que quedaba en el cielo, y yo miraba también fijamente a mi corazón figurándome otro amanecer mucho más interesante. Aquí ella se levantaba, consultaba su reloj y decía muy triste:

—Ahora mismo son las siete en el reloj de mamá, qué pena.

A mí aquella pena se me volvía alegría como son todos los contrastes del Mundo; como el claroscuro de la Humanidad. Después media hora de camino, lo más despacio que podíamos, hasta llegar a su casa. Yo la despedía en la puerta de la calle, pero antes se enviaba convenientemente el niño al piso y ya, solos los dos, esperábamos el tiempo preciso de que la criatura llegase al octavo izquierda. Ahora pienso muchas veces que el niño aquél, cuya edad oscilaba entre los cuatro y seis años y cuyo parentesco con Adelina nunca pude conocer, subía demasiado aprisa las escaleras en relación con su edad.

Bueno, no tengo que decir que me enamoré de Adelina. Le declaré mi amor una tarde en el paseo a la misma hora del poniente. Cuando seguramente el reloj de mi presunta suegra marcaba las seis y cuarentaicinco minutos de la tarde. Recuerdo que en aquél momento el niño tenía una llantina muy desconsolada a consecuencia de no sé qué intereses encontrados con otros compañeros de juego. Adelina tuvo que levantarse.

Para mí tenia mucho más interés el tiempo que transcurría en el portal de la casa de Adelina. Jugueteábamos; a veces la risa convulsiva de ella llamaba la atención de los transeúntes. Era terrible.

Toda mi preocupación era salir una tarde solo con Adelina. Me costó conseguirlo una semana. Aquél día cambiamos de itinerario. Estuvimos viendo una película de dibujos de largo metraje y en color. Ella se aprendió de memoria la canción que sonaba siempre cuando la pantalla tomaba una coloración medio malva, medio naranja cáda vez más obscura, y la estuvo repitiendo toda la tarde. Después estuvimos en un bar del centro tomando vermout con ginebra. Adelina no lo había probado nunca y decía que lo que más le gustaba era el limón. Allí fué cuando yo decidí aclarar mi situación:

—Bueno, Adelina, mi vida, es preciso que tú me digas que me quieres. Siempre no voy a ser yo el que...

Adelina reía estrepitósamente. Nuestros convecinos de mesa en el mismo bar nos miraban asustados. Yo volví a insistirle:

—¿Tú has pensado alguna vez lo feliz que podemos ser con nuestro cariño? Ella volvía a reír de la misma forma. Después me decía:

—Claro que sí.
—Entonces...
—¿Entonces..? Me imitaba ella, y volvía a lanzar su estrepitosa risa convulsiva.
—Es que así no podemos seguir, Adelina.
—Qué quieres ¿que le estropee el reloj a mi madre?

Aquello no tenía solución.

Todavía nos dió tiempo de ir al paseo. Todos los que nos conocían nos miraron sorprendidos. Aquella tarde descubrimos glorietas ignoradas, paseos que se perdían muy lejos, ruidos de fuentes que se enredaban entre los árboles y nuestro amor al fin, le dió la mano a todos los niños del paseo.

Aquél día, Adelina me pagó todos los regalos que yo le había hecho. Jugueteábamos cuando ya el sol estaba medio malva, medio naranja; entonces ella en una apoteósis de alegría, abrió su bolso y me mostró el exactísimo reloj de su madre.

—¡Adelina, eres maravillosa! La dije mientras le tomaba las manos.

Así estuvimos algún tiempo. Ya no habí apeligro. Mi presunta suegra ignoraba el tiempo que nosotros estábamos invirtiendo hasta que no llegase mi novia a su casa. Estábamos bajo un árbol cuyas ramas llegaban hasta el banco. Hubo un momento de brisa y la Naturaleza nos envolvió aislándonos del mundo. Entonces...

—¡Adelina...!

Tardamos algún tiempo en llegar. En un bar cercano a su casa nos detuvimos por última vez. Luego en el portal de su casa no tuvimos que esperar que el niño de la edad oscilante subiese hasta el octavo izquierda. Sinceramente tengo que confesar que le eché de menos y le hablé a mi novia del pequeño. Ya casi le profesaba un ramalazo de afecto.

—Adelina, hoy no he visto el poniente de la tarde. Pero no me importa, te he visto a tí casi malva... Me miró sorprendida.

—Entonces, ya nada tiene razón de ser

—¡Adelina, mi vida!

—Eres cruel.

—¿Acaso no eres tú todas mis tardes?—La dije.—

—¡Ah!, éso no lo sé.

—No te comprendo.

—Ni hace falta. (Adelina había cambiado por completo. Hizo ademán de subir; yo la sujeté por la muñeca).

—Estoy empeñado en que me expliques todo esto. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Te vuelvo a repetir que nunca lo haré. Además te advierto que me estás haciendo daño.

—¡Adelina...!

Y Adelina mi exnovia, enfadadísima dijo no sé qué frases y precipitadamente comenzó a subir. Yo intenté seguirla. Era tarde. Ya iba por el primer piso. Mi situación era incomprensible. Esperé unos segundos. Después salí a la calle. Circulaba una avalancha de peatones que me anonadaba. Cuando pasaron unos minutos, me coloqué en la acera de enfrente y clavé mis ojos en el octavo izquierda. Allí me llevé mucho tiempo.

Al día siguiente volví a su casa. Era la misma hora en que ella salía de paseo. No pude verla. Me trasladé al paseo y recorrí todos los bancos. Las gentes que ya me conocía me miraron con sorpresa. Cuando el cielo se puso mitad malva, mitad naranja, cada vez más obscuro, hize el camino de regreso. Volví otra vez a su casa. No había nadie. Luego estuve otro rato en la acera de enfrente constantemente mirando a su piso. De pronto vi detrás de la ventana una sombra que se movia dentro de la habitación. No pude contenerme:

—¡¡Adelinaaaaaa...!!

No apareció nadie.Yo seguí un rato más con los ojos fijos en el mismo punto.

Estoy en la ciudad que menos me hubiera gustado vivir. A veces el azar juega inevitables pasadas. Conmigo se ha portado malísimamente. Tan mal que ésta tarde casi en vísperas de partir, todos los niños me parecen que su edad oscila entre los cuatro y los seis años; que ya en adelante la tarde tendrá un color idéntico al de casi malva, casi naranja cáda vez más obscuro; y que todas las mujeres que conozca se llamarán Adelina.

La Rábida, Septiembre, 1953

GUILLERMO SERVANDO

ELEGIA SIN NADIE

A tí, Oscar Rivero, amigo.

Donde menos te esperaba,
donde menos te quería ver porque verte allí era ya imposible,
allí estabas, amigo del principio de mi vida,
oculto tras la piedra con tu nombre y las fechas de siempre,
y la imagen antigua de tu rostro triste,
el mismo que jugaba en la terraza de mi casa
a ser el capitán o el pirata de la última película.

¡Pobre compañero!, casi niño aún
y ya con tu pelo lacio, y tu camisa blanca,
y tu sonrisa resignada de doliente amable y tempranero,
cerrado ahí en ese estrecho túnel de la muerte
sin la tierra, ni las flores, ni los pájaros
que eran tu único juego cuando iniciabas la partida
desde el abrigado y paciente reposo de tu lecho.

Yo, tu viejo amigo Servando,
el que te daba la mano para subir corriendo las laderas,
estoy aquí, ahora, tres años después de haberte muerto,
sorprendido de encontrar tu nombre
ardiendo en esta muralla tendida hacia la nada,
estremecido al saber que ya tú no eres
el amigo conforme y dócil de las otras tardes de junio,
sino el zumo y la ceniza de un muchacho bueno,
sin nombre, sin familia, sin casa y sin amigos
que compartan la oscura soledad de su silencio.

Yo no sabía nada de tu viaje,
nadie me dijo nada por compasión o acaso por olvido,
y ha tenido que encontrarse frente a frente la cárcel de mi sueño
con la cárcel de tu vida
para saber que ya estabas iluminado y sin rescate al otro lado del camino,
y llorarte duramente ahora,
cuando sólo tu madre te recuerda,
y sólo te nombran tus hermanos
para apretar en su conciencia la estrecha alianza del cariño.

Solo ya estás
como casi siempre lo estuvistes aquí en la tierra,
solo y dulcemente pensativo
te presiento por los angostos callejones
que comunican tu muerte con mi morir contínuo,
solo, como yo en el mundo,
solo estás en los infinitos miradores de tu ausencia,
vencida tu muerte en mi memoria,
vencido mi amor en tu recuerdo.

JOSE MARIA PEMAN

A RAFAEL ALBERTI

(Después de leer su **Ora Marítima:** *dedicado al Trimilenario de Cádiz.*
Después de leer su poema a **Cádiz, base extranjera.)**

Iba yo a hacerle, al vuelo, una chuflilla
con meneo gitano... Iba a decirle:

Rafael del alma mía,
desconcierto y acertijo;
si eres hijo
de la baja Andalucía;
si tu madre te decía:
que no te me comprometas,
que te vá a coger el toro...

Rafael, si los poetas
tienen el oro y el moro
con tener a la Poesía...

¡Sangre mía,
Rafael!...

Puerto de Santa María:
ya ves que él
no te ha podido olvidar.

¡Saleros de la bahía
acuchilladas de mar!

La salina, blanca, quieta,
dándole sales al viento.
Quieta, blanca... ¡un campamento
que está esperando al poeta!

Dí que sí.
Que aquí no tenemos amos,
Rafael, que te guardamos
tu sitio a tí para tí.
¡Dí que sí!

Pero no. Chuflillas no... Seriedad. Que tu libro
se me fué entrando, Rafael entrando,
como un cuchillo, a donde
está lo más oscuro de la pena...
(Porque tú ya no habitas en ninguna parte.
Tú habitas en la pena)

Tus versos gaditanos
se van como parejas,
cargadas con la plata temblorosa
del mero y del bonito,
hacia un golfo sin playa...

¡Qué pena, Rafael!

Y están veinte poetas de Cádiz —¡yo con ellos! —
poniendo en fila veinte corazones
como un muelle de atraque...

Tira el cable, marinero,
que la noche va a cerrar.
Altamar es mucha mar
para tan poco velero,
marinero...
¡Y la noche va a cerrar!

Pero no. Chuflillas no... Seriedad. Que te sangran
mitologías por los ojos y la boca.
¡Que te duelen tres mil años de peso
sobre la barca rota de tu vida!
Que tu decir salado tiene un paso solemne,
aventurero, en busca
de los profundos senos gaditanos.

Toletusa de Cádiz,
alza los brazos.

No tocaba en palillos
aires de tango.

Toletusa cogía
limones agrios.

Pero no... Chuflillas, no... Lo digo, Rafael.
como quien dice un cuento a niño enfermo.
Para que te durmieras.
Para que te olvidaras de tu dolor... ¡Qué pena!

Lo decía por poner
un poco de sol y risa
como sal sobre tu mal:

un puñadito de sal
del salero.

Como aquella hojita de yerbaluisa
que el hermano enfermero

le echaba, en el Puerto, a la sopa de aquel colegial
enfermito...

Pero no.
Chuflillas no... ¡Marinero
en la pampa sin potros del asfalto!
¡Ay marinero, en tierra como nunca!
Me dá pena tu pena fragante de ostiones

Y me dá pena el cuento
que te han metido en los oídos.

"¡Algo, ser algo, ser algo,
menos lo que soy ahora.
Un poeta sin raíces,
una voz seca, sin riego!"

Así escribes con llanto sobre el delta
de un Paraná, que juega a ser bahía...

¡Y en Cádiz, jardineros de un llanto *jondo*, cantan
por tí, para regarte los poetas!

"¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?
¿Es que ya Andalucía se ha quedado sin nadie?"
Así escribes, con sangre, por los vientos...

Aquí estamos, Rafael...
No juegues al escondite
con la rosa y el laurel.

¡Aquí estamos!
Y aquí el aire salinero.
Y aquí el drago.
Y aquí el faro.
Y aquí el muelle.
Y aquí el río...
Y aquí nuestro libre gozo
¡Y aquí tu sitio vacío!



Aquí se baila al son que se bailaba.
Las castañeras asan sus castañas
por las mismas esquinas.
¡Y el tango del caballo del coche de alquiler
suena igual a las tres de la mañana!

Y si un marinerito rubio, de lejas tierras,
se riera de Cádiz, igual que cualquier, día,
con tirador de goma
le quitaremos el gorrillo blanco,
enfrente al *Telescopio*,
con chuflas y avellanas y altramuces...

Pero no. Chuflillas no.
¡Que he leído un verso tuyo...
qué dolor!

Aquel del toque de Ánimas
en que te viene a los labios,
sin querer, esa palabra...

"Señor, quisiera ser campo"
"Señor, quisiera ser río"

¡Todavía esa palabra
"aprendida desde niño"!

"Señor"... "Señor"... Todavía
esa palabra que es eso:
otra insondable bahía.

¡Con Cádiz y esa palabra
te salvarías!

Rafael... ¿te dá pena?
¿Verdad que te dá pena?

Chuflillas no... Respeto dolorido
al andar nazareno de tus renglones tristes,
con ritmo funeral hacia los tres mil años
del Cádiz de tu ausencia.

¡Cádiz con aquel sol que tú dejaste!
¡Cádiz con aquel baile de levante y palmera!

¿Verdad que te dá pena?

ENRIQUE SANCHEZ PEDROTE

MENSAJE

A tí, que ya no puedes escucharme.

Como los otros, tú tambien te fuiste
por la dulce llamada que nos hace
más próximos al fin de nuestra suerte.

¿Por qué os llevó cuando los juegos apenas,
los juegos de ayer dejaron en las tumbas,
el eco de un viejo responso de canciones de corro?

¡Qué distantes, en el dolor, fin y principio,
qué cerca, sin embargo, en la esperanza!
Unos rindieron su llameante juventud de amores
ante la fuerte luz de la trinchera,
otros en la lucha sin llanto, con tenacidad demente.

Ahora, tú, con la cabeza abierta
al aire blanco de estrellas del verano en sazón,
te va—poco a poco—por la herida
como llama azulada y vacilante.
Lejos de tu Pampa y su ondular inmenso;
lejos la Córdoba soñada
y los cantos de boyeros, traspasados de nostalgias.
Cerca de tí, Ella: la Muerte,
más cerca, ay, que el hijo que siguió tu huella.

¿Qué maldición trajo hiel y luto
a nuestra pobre juventud anhelante,
hoy llena de esperanzas rotas?
¿Por qué, Señor, has consentido que la culpa, toda,
caiga en alocado torrente sobre nuestra propia sangre joven?

Vuelvo en mis pasos por los rincones
donde jugamos todos. Mi andar es blando...
Aún las risas, colgadas de los árboles,
dan permanencia a la niñez aquella.
Las palmeras están más altas
y las cigüeñas, ¿os acordáis?, suaves, esbeltas,
vuelven a las torres del colegio;
pero vosotros no tenéis ya luz en los ojos
para esta encendida mañana sanluqueña.

Seguimos vuestras sombras
un poco muertos, tambien, los que quedamos,
porque al mirar no vemos
sino el espejo atroz de vuestra muerte.

AQUILINO DUQUE

MENSAJE A UNA MUCHACHA QUE NO CONOCERÉ

Tú, que no sé quién eres; que lees
estos versos míos que tienen ya cien años...
Rabindranath Tagore.

Tú, que no sé quién eres; que ahora lees mis versos,
este mensaje azul de torres y naranjas,
de mapas y veleros
¡oh espléndida muchacha de los ojos marinos!

Tú, que no sé quién eres,
por quien vivo esta hora, por quien muero,
por quien soy cazador, fuente, poeta,
por quien soy hombre nada menos.

Por ti, que desde lejos
sabrás de mí si acaso, si es que sabes.

Tú, que no se quién eres, muchacha desolada.

Piensa que he sido un hombre,
que soy un hombre, porque aunque me haya muerto,
cuando me leas, cuando me recuerdes,
te abrocharás los últimos botones del vestido
y sentirás dulce desasosiego,
frutales inquietudes,
acaso una tristeza maternal impaciente.

Piensa que soy un hombre.
Que hay simiente en mi verso,
simiente en mi palabra, en mi manera
de morderme los labios a falta de los tuyos.

Que pasarán los años, pero que este poema
que late entre tus labios como un beso
es caballo que sueltan veinte cálidos años
para que vaya y pise tus laderas,
tus rotundas laderas donde desde esta hora
tendrán más fuerza el heno y el rocío.

MIGUEL ALVAREZ MORALES

PRESENCIA

¿Quién es ésta que se alza
como aurora...?
Cant. 6, 10

Ya estás aquí,
no sé de dónde vienes,
qué viento le ha hecho sitio a tu llegada,
vienes de todo el mundo o de toda la aurora
o quizás has fluído de todo el Universo
porque llegas mojada por un rumor de estrellas.

Ya estás aquí,
traes todas las cosas entre tus manos breves,
toda la tierra cabe bajo tus piés menudos.

Vienes para explicar y dar sentido al aire,
al viento que es un aire entusiasmado,
al mar, y a todo lo que canta y grita
y se pone delante interrogándome.

A poner vertical lo que se oculta,
a descifrar la arena,
a leerme las rosas en voz alta.

A aquietarme las aguas
y que todo este mundo reflejado
como un rompecabezas,
reconstruya su exacta arquitectura.

Vienes para explicar mi sangre
este río, este viento
que me recorre el cuerpo como un árbol.

Que yo estaba en el mundo
y no sabía
por qué vibraba todo en torno mío,
qué tenía que ver que el viento sople
con mi presencia entre los árboles
con mi presencia entre los ríos
con mi presencia trémula.

Para qué era esa hierba y esa hormiga
y esa puesta de sol
y estas montañas

Mas sabía que un buen Dios me contemplaba
porque el mundo era bello
y era hermoso mirarlo
como un dulce poema indescifrable.

Y yo clamé al Poeta,
mi voz se alzó en palmera
y mojó todo el cielo.

Y yo esperaba,
y mi voz era un ya amplio bosque
un palmeral densísimo.

Y aparecistes tú, respondida pregunta,
aparecistes tú y yo me dije:
"Qué hermosa voz tiene este Dios que me responde".

Ya estás aquí,
y el mundo esclarecido
no vierte su verdad sobre los ojos.

El amor nos cobija mansamente
con la dulzura de su selva virgen
como una nueva infancia,
otra vez las palabras diminutas
y la limpia sorpresa del hallazgo,
ese encontrar la sangre de una música
de pronto entre los dedos.

Desde que ya tu nombre está conmigo
me es más grata la vida
y me sabe mejor todo ese vino
que la tarde derrama por mi sangre
desde este tibio azul de las montañas.

Me complace saber que ya la lluvia
no mojará mi vida únicamente,
que tu carne también se empapará de agua
y olerá a flor mojada.

Tu presencia como un inmenso aire,
un vendaval dormido,
lo envuelve todo en fuerza y en ternura
y hace posible que la sangre ponga
toda la rama en flor.

Porque tú estás aquí,
porque tú ya has venido
y el mundo iluminado por tu alma
es sencillo, apacible
y tan extrañamente dulce
que hace que ría y llore
y que grite de júbilo.

Y es ya tanto el amor que nos invade
que sube y nos anega y nos rebosa
y se nos va como un río claro
a cubrirnos de árboles
el camino que aún nos queda por andar.

JOSE MARIA CARRASCAL

MEMORIAS TONTAS

Cuando, aquel día, al hacerme el nudo de la corbata, miré al hombre del espejo y le llamé cobarde, me pareció que me reía yo solo y que él estaba allí, quieto, callado, serio. Era como si estuviese yo muerto frente a mi misma vida ardiendo. Y en la escena en colores me lloré. Me había llorado muchas veces: tantas como fracasos tuve. Quizás no hice otra cosa mejor. El océano de mis lágrimas llegó a ahogarme. Siempre fuí muy sensible. Recuerdo todavía un dolor infantil. Me regalaron un globo blanco. Yo pasé todo el día jubiloso. Soñando el arco iris sobre su frente tersa. Y cuando la cuerda que lo anclaba en mi dedo se escapó de mis manos, esperé la noche confiando que al lado de la luna eterna apareciera la luna nueva de mi globo perdido. Fué mi primera desilusión. Desde entonces a ahora muchas. He sido un coleccionista de desilusiones. En mis manos anidó un dolor inmotivado. A veces duelen más los alfilerazos que las puñaladas.

Pasaron los días; los meses fueron dejando su polvo sobre mí y yo no cedí nada a los años que se iban. Crecí en cuerpo y en dolor. Soñaba conscientemente en un mundo imposible: un amor total. Era joven todavía y ya divinizaba mi dolor.

En mi pueblo no nieva en Navidad. Su Noche Buena es verde. Verde de pinos y lentiscos junto al Portal. Fué aquel invierno el más feliz de mi vida. Me regaló la suerte un perro y un amigo. Vino primero el perro. Era una Fox-terrier de pelo duro. Ibamos a la playa. La roca donde me sentaba era un islote en el océano de arena. La más próxima era un islote en el mar. Chispa se entretenía en ladrar a los cangrejos burgueses que tomaban el sol a las puertas de sus casas de fango. Yo la dejaba. No volvería a ladrar si le mordieran. Chispa era una perra inteligente. Cuando me la trajeron era un bichito sucio, amputadas las orejas. Apenas supieron simetría y las orejas de mi pobre perra eran como dos niños que saltan a pídola. La lavé, me dediqué a educarla y ahora tiene todas las cosas que son precisas para ser una perra inteligente: sabe estarse muy quieta a mi lado. Sabe escuhar. Me hubiera gustado que fuese macho. Así podría contarle muchas cosas más tranquilamente. Nos estábamos quietos junto al agua. Leíamos. Soñábamos. Después llovía. Corríamos. Era como llevar sobre la frente las lágrimas del mundo. Feliz...

Sin saber como vino el amigo. Leímos a Tagore voz con voz cuando ya la Primavera se dormía en el mar. Se afirmaron los colores de las cosas porque tuvimos la luz en nuestras manos.

Pasaron los días; los meses fueron dejando sus flores sobre mí y yo cedí mi sonrisa a los años que se iban. Uno de ellos se llevó a mi amigo. Yo hubiera querido marchar pensando en nada con mi perro delante por el camino que marca el sol sobre las olas.

Y aquel verano mi corazón rivalizó con el Sol. Mis ojos y otros se miraron. El reloj de mi vida se paró en su hora. Aquello fué música. Silencioso... Como regalo de mi amor, queda en mis labios el recuerdo de un beso; en mi corazón el de una espina; en el mundo nada. Esta brillante etapa de mi alma es solamente una anécdota más.

Ahora, parado en el primer cuarteto de mi vida, estoy como sonámbulo. De pié.

Cansa mucho estar de pié; pero es muy difícil la ciencia de arrodillarse. Me voy a pasear junto a los álamos porque el álamo es enamorado y triste como yo. Porque en su acompañada soledad sueñan el agua de un río que no pase nunca y sus cabezas jóvenes han visto anticipadamente unos cabellos de plata.

Mi amistad es con los álamos del río desde que los he visto huérfanos de mariposas de colores, desde que sé al viento pasando por la carne de sus hojas en busca de los pinos y su temblor bajo el Sol redondo me ha hablado de la fracasada sensualidad de sus cuerpos frescos y suaves. Los álamos del río de mi pueblo me han enseñado que hay otros dolores. Yo sólo conocía mi dolor. El descubrir los otros ha empezado a vestir mantillas blancas a mi recién nacido corazón.

Sigo todavía, sin embargo, a la orilla del camino, en busca de Alguien que no encuentro. Y cuando pasa la viejecita diligente como un pino rugoso que no ha crecido, quisiera ser también humilde viejecita. ¡Qué alegría si viviera para un nietecito abandonado!. ¡Qué bién!.

Y me quedo sólo mientras ella se aleja, cuesta arriba con su mundo en los hombros, con su tesoro en los ojos, fresco su corazón viejo. Mi beso...

Y cuando aquel día, al hacerme el nudo de la corbata, miré al hombre del espejo y le llamé cobarde, me pareció que me reía yo solo y que él estaba allí quieto, callado, muerto. Como si fuese la imagen de mi vida. Como si no me atreviera a hacerla arder.

JOSE LUIS TEJADA

CHUFLILLAS EN TENGUERENGUE

(A Rafael Alberti, paisano)

"Chicá morená cuartá
repicá y andá"
(Popular)

I

En tu casa no comen
más que lechuga:
Chica morena y cuarta
repica y anda

por eso tienes cara
de verde luna.

En casa siempre hacemos
cama redonda
por eso están mis senos
como palomas
como palomitas frías
siempre pidiendo cobija.

II

Deja las manos quietas
y anda delante:
La torre y la veleta
para el Levante

Vamos a echá
alguna vé en la vida
formalidá.

Jilguerito sin pluma
boda sin fraile
playita sin espuma
pueblo sin nadie.

Rosita de oló
¿En donde te pongo
que no te dé el só?

III

Dicen que el panadero...
con la alcaldesa...
Y que con el alcalde...
la panadera.

¡Jesús qué lío!
De dos hijos que tengo...
¿Cual será el mío?

Las cosas de los pueblos
tú ya me entiendes:
que si yo no te quiero
ni tú me quieres...

¿Qué sabrán ellos
lo que pasa y no pasa?
¡Venga ese beso!
Chica
morena y cuarta
repica
y anda.

IV

Media horita en tu calle
dando silbidos.
Dame a besos el aire
-chica- que se me ha ido.
Mira -morena cuarta- ya me están chicos
de lo que van y vienen -repica y anda- los zapatitos.
Aquellas cositas finas
que tú me sabes decir:
-Estrella fiel de mi esquina.
Cantarillo de marfil-

—¿En dónde los aprendes?
—Me los enseña el viento
del Poniente.

V

Ayer por el campo
me crucé una bicha.
¡Lagarto, lagarto!

Una bicha verde
con puntitos grana:
Amor que se pierde
dolor que se gana.

Chica. Una bicha grana, morena y cuarta, con puntos verdes
Por cada amor que gana, repica y anda, dolor que pierde.

La cola amarilla,
los ojos celeste:

Amor que se olvida
corazón que muere.

VI

Aquí, bajo las cañas
del verde trigo:
¡Despabila, sentrañas,
que estás conmigo!

-¡Repica, chica y anda
morena cuarta!-

Aquí, bajo las hojas
del maíz verde:
frutilla que no cojas
tú te la pierdes.

¿Cómo era aquello
que tanto me gustaba
del pelo negro?

¿Cómo decía
no sé qué de la nata
de mi sonrisa?

VII

Detrás de la puerta
de la vicaría
hay una libreta
y una pluma fina.

Chica, morena cuarta, repica y anda.

Y un cura sandunguero
con su bonete
que no cobra dinero
por un motete.

Luego, ya sabes...
¡Las sábanas de holanda
y el zipizape!

y VIII

Quita esa mano muerta,
zangolotino.
Que no lleva a mi puerta
cualquier camino.

Chica.
Morena.
Cuarta.
Repica.
Anda.

Para algo está la iglesia
con sus campanas

Y un sacristán chiquito
que las levanta.

¡¡Chica, morena, cuarta, repica, y anda!!

JULIO MARISCAL MONTES

ORACIÓN POR UN RÍO SECO

Un río:
menos.
Un camino de agua:
ni eso.
Aquí, vacío
como una entraña de recién parida
o una noche sin ecos.
Aquí, vereda de ninguna parte,
árbol sin viento;
bancarrota de peces,
espejo sin azogue para los luceros.
Ni eso
Ni eso tampoco:
un celemín del aire
para una queja o para un beso.

Señor:
llena este cauce seco
con el torrente vivo de tu misericordia,
aunque luego,
miserable de estrellas,
vuelva otra vez el aire
a no encontrar la gaita para hundir sus dedos.
Aunque luego...

Pero, Señor, un poco de agua viva.
Ahora, Señor, ahora,
Señor, un poco, y luego...

CHAVES DICE:

Dios bendiga a usted
y a los buenos amigos
por cuyo favor ha cumplido
25 años esta Casa CHAVES,
de Sevilla.

Y que nos sea propicio
el año 54.

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS, JOSÉ M.ª RODRÍGUEZ MÉNDEZ, JOAQUÍN ALBALATE, JUAN COLLANTES DE TERÁN, GUILLERMO SERVANDO, JOSÉ M.ª PEMÁN, ENRIQUE SÁNCHEZ PEDROTE, AQUILINO DUQUE, MIGUEL ALVAREZ MORALES, JOSÉ M.ª CARRASCAL, JOSÉ LUIS TEJADA Y JULIO MARISCAL MONTES.

ILUSTRAN:

FRANCISCO MAIRELES Y AQUILINO DUQUE.

ALJIBE *da fé de agradecimiento al Ilmo. Sr. D. Florentino Pérez Embid, Director General de Información.*

IMP. FLORES - SEVILLA